

## LEYENDAS DE MI TIERRA. CHOZAS DE MINGO PRIEGO

José Miguel Herreros Vela

Email: [josemiguel@rondamalaga.es](mailto:josemiguel@rondamalaga.es)

**Nota:** En este texto se reproduce parte de la leyenda que cuenta el amor de una madre y una hija, de un cristiano con una mora y su relación con una fuente (La Minga) de Villacarrillo en los inicios de la historia de nuestra ciudad.

### I

Corría el verano de 1225 de la era cristiana. Las estrechas calles de Iznatoraf, resguardaban del tórrido calor estival a sus habitantes. Por el pueblo corría la feliz noticia. La familia más importante de la nobleza árabe, había recibido de Alá una niña. Habría jolgorio al atardecer.

Cuando el sol se alejó, los jardines de la señorial casa, celebraron, bajo el más fino perfume de los jazmines, el acontecimiento. A la recién nacida, le pusieron el nombre de Zoraida y le colgaron un bonito medallón de oro, regalo del Rey, que según comentaban los criados, llevaba unos signos grabados con el nombre de la niña.

Al poco tiempo, florecían en Zoraida los finos rasgos de su raza. Ojos negros y tez morena, daban a la criatura un semblante que dejaba adivinar la hermosura que, años después, llevaría consigo.

Pronto, aquella felicidad, se rompería ante la noticia de que los Cristianos se aproximaban a Iznatoraf. Las tropas árabes eran insuficientes para contener los ataques cristianos. La encrestada localidad, parecía contener los ataques cristianos. La encrestada localidad, parecía reducir su tamaño ante la llegada de una multitud que solicitaba refugio. Chiclana había caído y la orden de defender Iznatoraf fue general para todos los carones de la localidad. El riquísimo padre de Zoraida tomó las armas, mientras miraba a su tierna criatura. Un intento de sonrisa, partió de la niña, mientras su padre dejaba correr por sus mejillas dos lágrimas. Luego montó a caballo y desapareció.

### II

Era el año 1226, Iznatoraf caía en manos Cristianas. La desbandada fue terrible. El objetivo era huir. El camino de Granada atravesando la sierra, que tan hermosa parecía, vista desde Iznatoraf, ahora se presentaba como un temible gigante. La madre de Zoraida sabía que con ella en brazos no podía conseguir, sanas y salvas, llegar al reino de Granada; pero algo había que hacer. Algunas veces había observado en el fondo de la loma unas pequeñas casas. Allí podría ir.

Un pequeño atillo de ropa, una cabra y algo de comida, fue lo que arrastró junto a Zoraida, por unas cuevas infernales. Su obsesión era salvar a la niña. En varias ocasiones tuvo que esconderse ante el paso de alguna patrulla cristiana. Las casitas estaban cada vez más cerca, pero el miedo le hacía pensar que nunca lograrían su objetivo.

Al fin pudo llegar. Eran varias chozas, cinco o seis, que habían sido abandonadas. En ellas buscó cobijo durante largos meses. Sólo, en escasas ocasiones acertaban pasar por el lugar, algunos soldados cristianos, entonces sabía esconder a Zoraida de la vista de los invasores. Con la leche de la cabra, raíces y algunos frutos salvajes, se alimentaron todo el tiempo. La sed era saciada, tras conseguir un poco de agua en la fuente, que años después se le conoció con el nombre de Minga.



**III**

Con el tiempo, las tierras conquistadas por los cristianos, fueron poblándose de gentes venidas del norte. Iznatoraf se convirtió, poco a poco, en una ciudad Cristiana. Los recuerdos árabes consistían, tan sólo, en la visión del espectro de una ciudad sometida y ultrajada por los invasores. Las casas, las calles, la muralla, fortificación inservible tiempos atrás, sólo recobraba su aspecto moruno, cuando sus habitantes dormían. Al despertar de la mañana, Iznatoraf, recobraba su triste realidad.

Abajo, desde la lejana soledad de las chozas, la madre de Zoraida con ella en brazos, miraba al pueblo que las vio nacer y lloraba amargamente.

Una mañana, cuando el sol trataba de despuntar, ante el insistente balar de la cabra, la mora observó desde el interior de la choza, como un soldado cristiano, obligaba al animal a seguirle.

La mujer pensó en el sustento de su hija y salió de la casucha, dispuesta a defender con su vida, el alimento de Zoraida que ya contaba tres años. Primero intentó luchar, luego pidió y suplicó caridad de aquel hombre.



*Estado actual de la Fuente de la Minga (Autor: Toni Pérez)*

La sorpresa del soldado, llamado Mingo Priego, fue enorme. Ver a una mora en aquellos parajes, con las ropas destrozadas, aún hermosa, tratando de dar su vida por una cabra, parecía increíble. Hacía varios días que andaba perdido de sus compañeros, que hostigaban a los árabes por el Adelantado de Cazorla y necesitaba la cabra. De todas formas no comprendía aquella situación. Una mora sola en aquel lugar... la cabra...

De pronto, en la puerta de la choza apareció una hermosa niña de unos tres años, casi desnuda, con unos bellísimos ojos morunos, la tez morena, y cara de ángel, que le dejó estupefacto. La madre corrió en busca de Zoraida y la refugió contra su seno.

Mingo Priego, hombre de unos treinta años, fuerte, abandonado de la vida, que hasta aquel día persiguió y luchó con el "moro" se transformó. Trataba de adivinar la situación. Miró a la madre y después a la niña. Zoraida desde los brazos maternos, envió a Mingo Priego una tierna sonrisa que él recibió como una venida del cielo. Una inmensa ternura, invadió todo su ser. Nunca tras muchos años de perseguir y matar al moro, Mingo Priego, había sentido una sensación parecida. Fueron unos minutos de eterna felicidad. Zoraida desde el refugio materno, con la más delicada inocencia, alargó su pequeño brazo hacia el hombre, que solo supo sonreír.

Los pensamientos de Mingo Priego se lanzaron vertiginosos para aclarar su mente: era un hombre solo, perdido, hasta hoy un soldado que sólo sabía matar al moro; un hombre que aún podía morir joven en la batalla.

**IV**

Año de 1246. El aspecto que presentaban las Chozas era diferente. Mingo Priego, tenía 18 años más. Zoraida una joven de veinte años, era cortejada por varios jóvenes de Iznatoraf y La

Moraleja. Tenía varios hermanos pequeños, que cuidó en su crecimiento. Ayudaba a su madre en las tareas del hogar, que dentro de unas costumbres cristianas, conservaba reminiscencias árabes. Se construyeron nuevas casuchas, que fueron ocupadas por familias venidas de lejanos lugares. Poco a poco, la comunidad crecía alrededor de la feliz familia. Zoraida bajaba, cada día a la fuente (Minga) a lavar la ropa y devuelta transportaba un cántaro de agua fresca para el suministro familiar. Su madre, la que fue por largos años la mujer de Mingo Priego, la descubrió y de ella calmaron su sed. Su padre adoptivo, la cuidó como a su hija propia y la educó como si tal fuese...

Con el crecimiento del poblado, Mingo Priego se convirtió en alcalde. Todos vivían de la agricultura y la ganadería. El lugar se consolidaba como un anejo de Iznatoraf; un lugar que por todos lados empezó a conocerse como "Las Chozas de Mingo Priego".

Este trabajo se citará como:

HERREROS VELA, J.M., 2013. Leyendas de mi Tierra. Chozas de Mingo Priego. ARGENTARIA, vol. 4: 9-11.

